



EN BARCELO



SAMMY

EL HOMBRE-E

España no suele ser terreno abonado para el show. Las llamadas «extracciones» raramente merecen el mundo de tales. El mundo del espectáculo suele reducirse a sus manifestaciones más tradicionales. Por ello ha constituido un auténtico impacto la presentación, en Barcelona y Madrid, de Sammy Davis, Jr. En la actuación de Madrid, que fue la que presenciamos, el público se manifestó, inexplicablemente —o, quizá, demasiado explicablemente, en función de la indigencia o, mejor dicho, inexistencia del «music-hall» en nuestro país—, desconcertado por el hecho de que, finalizada la primera parte, la estrella no hubiera salido al escenario. En dicha primera parte había actuado, sin embargo, una cantante excelente, Fran Jeffries, a quien nuestro público conoce, a través del cine, por sus intervenciones en «La pantera rosa», de Blake Edwards, y «La pícara soltera», de Richard Quine. Pasado el descanso se produjo el milagro. Durante más de hora y media, un hombre solo en mitad de un escenario mantuvo en continuo enervamiento a un público compuesto por tres mil personas. Un hombre pequeño, extremadamente feo, tuerto, que, poco a poco, fue creciendo, hasta conseguir que nadie se acordara de su físico. Sammy Davis es, posiblemente, el primer showman del mundo. Su dominio de la escena es total. El término sajón de «entertainer» le va como anillo al dedo. Nadie como él es capaz de, con un prodigioso sentido del ritmo y de la medida, mantener tal expectación y, lo que es más, semejante entusiasmo. De «entretener», en suma, hasta ese grado con absoluta economía de medios.

En efecto, Sammy Davis, ante cuya presencia la orquesta, mediocre en la primera parte, pareció haber cambiado, apenas si usa media docena de accesorios: un par de sombreros, una pistola, unos zapatos de claquet... Con ello y su fabulosa personalidad da vida a docenas de tipos, canta, baila, sin hacerse en ningún momento monótono, sin necesitar tampoco, en ningún momento, descen-

NA Y MADRID



DAVIS Jr. SPECTACULO

der a la vulgaridad. Sus imitaciones de actores y cantantes célebres son extraordinarias: con un gesto, un alzamiento de cejas, unos simples compases de una canción o media docena de palabras pertenecientes al diálogo de un film célebre, está compuesta la silueta. Sinatra —naturalmente—, Bogart, Brando, Cary Grant, Steve McQueen, Robert Mitchum fueron algunas de las imitaciones que obtuvieron mayor éxito. Para terminar, Dean Martin dejó paso a Jerry Lewis, en una especie de bomenaje. Antes, en medio y después, canciones de todo género y, entre ellas, una especie de «digest» de «West Side Story», un recuerdo a Chevalier y una exhibición de pistola. Cada canción adquiere, en la voz de Sammy Davis, un carácter específico, de «La chica de Ipanema» a «Bye, bye, blackbirds», que hace que se convierta en algo propio, diferente.

Sammy Davis, evidentemente, ha triunfado. Ha logrado lo que se propuso. Consciente de que, en su país, un negro, si quiere acceder a una dignidad humana, ha de alzarse sobre los de su raza, haciéndose rico a través del mundo del espectáculo o el del deporte, ha encaminado todos sus esfuerzos a ello. Su autobiografía, «Yes, I can», expone clara y apasionadamente su itinerario hacia el éxito. Un éxito que no impidió que, cuando se decidió a cometer la mayor osadía, casarse con una blanca, May Britt, la opinión pública se lanzara contra la pareja y la actriz sueca debiera abandonar toda actividad artística. A pesar, incluso, de la protección del «clano» Sinatra, del que Sammy forma parte, y en una de cuyas últimas películas, «Cuatro gángsters de Chicago», daba toda su medida de showman, a pesar de la competencia que suponía la presencia en el reparto del propio Frank, Dean Martin y el viejo Crosby «Cara de Luna».

C. S. F.
(Fotos Gigi Corbetta)

